

Concedes el honor de las espigas,
 ¿Por qué de mí te olvidas, pues me olvido
 Por Ti, pues, por hallarte, voy perdido?
 Ven; no por mí, por tu piedad te llamo;
 Que, como ausente tórtola
 En seco estéril ramo,
 Con mi llanto grajeo (1) y solícito
 La dulce vista del esposo ausente,
 Ó cual herido ciervo que á la fuente
 Corre y desea en el calor estivo
 Las vivas aguas con aliento vivo,
 Así mi alma, con afecto ardiente,
 Desea de hallarte.
 Tarde he venido á amarte:
 Tarde te conocí; tarde he llegado;
 ¡Triste del tiempo triste que he tardado,
 Mi Dios, sin conocerte, pues estabas
 Dentro de mí, y de fuera andaba errado,
 Buscándote en las cosas!
 Mas ninguna á pedirte me acobarde
 Que no me dejes, aunque vengo tarde.

A DIOS, EN UN TRABAJO

Esforzad vuestro rigor,
 Animaré mi sufrir;
 Que es grande afrenta sentir
 Poco mal por tanto amor.
 Mas si á manos del dolor
 Feneciere mi paciencia,
 Nacerá vuestra clemencia
 Del dolor y mi pasión,
 Y en mi boca y corazón

. (2)

(1) *Granjeo*, en el código de Sevilla.

(2) Falta el último verso de la décima en el código sevillano, único en donde se encuentra esta composición.

Si como dais el tormento
 Dais el sufrir y callar,
 ¡Más padecer y penar!
 ¡Más silencio y sufrimiento!
 Si penas llevan contento
 Como las flores hermosas
 Brotan ramas espinosas,
 Ningunas penas desecho:
 Espinas puncen el pecho
 Y den á la frente rosas.

Si en este golfo profundo
 La tormenta más cruel
 Saca más presto el bajel
 De entre las olas del mundo,
 En buena razón me fundo
 Para amar un desconcierto
 Que, si al cuerpo deja muerto,
 Lleva con gloriosa palma
 En claros triunfos al alma
 Á tomar seguro puerto.

Corran por mí del acero
 Los filos en esta vida,
 Y en la llama más crecida
 Me venga el día postrero.
 Los filos y llamas quiero,
 Con tal que en la eternidad
 Vuestra clemente bondad
 Trueque al Juez en amigo,
 Y en indulgencia el castigo
 De mi atrevida maldad.

A SAN ACACIO

CANCIÓN

El triunfo es éste y éstos los cantares
 Que debe la piedad á tu memoria,
 ¡Oh santo! premio de la voz triunfante;
 Hoy arde el sacro incensio en tus altares,
 Donde se guarda tu inmortal memoria
 Impresa en lisas cartas de diamante.
 Tú eres aquel que, en ánimo gigante,
 Oprimiste con yelmo tus cabellos,
 Y, abriendo pechos y cortando cuellos,
 Sudar hiciste el campo sangre negra
 En la guerra de Flegra,
 Cuando en tu nombre el escuadrón luciente
 Salió rompiendo por los aires puros
 Del caustro (*sic*) eterno de invencibles muros,
 Y ceñidos de lumbré entre tu gente,
 En el conffecto (1) alegremente fiero,
 Se olvidaron las lanzas en la mano,
 Viéndote dar entre el contrario acero
 Luz al sol, miedo á todos, sangre al llano.

Y tú, después del noble vencimiento,
 Merced del cielo á tu valiente lanza,
 De Dios el nombre se halló en tu boca.
 Y admirando tu gente, en grave acento
 Diste de otra victoria otra esperanza,
 Que así á furor católico provoca
 Fuertes varones, á quien Cristo toca
 Con bien amigos fuegos nuestras almas.
 «Mirad, mirad los lauros y las palmas
 De que están esos cielos enramados;
 Ved los aires delgados

(1) En el código sevillano, *conffecto*.

Mil luces sustentando en sus espaldas;
 Y, si la vista humana tanto sube,
 En los senos de aquella rubia nube
 Mirad tantas coronas y guirnaldas,
 Honor de los jardines de la Gloria;
 Este premio, esta palma y este vuelo
 Es vuestro, si le da vuestra victoria
 Honra á Dios, luz al mundo, triunfo al cielo.

»Mirad de azules y encarnados jaspes
 Arcos soberbios de gentil tesoro,
 Antes del Capitolio, en ancha planta;
 Ved, sobre bordaduras de giraspes,
 Ir blanqueando entre celajes de oro
 Los cortesanos de la Corte Santa;
 Este triunfo al de Roma se adelanta:
 Porque el triunfo de Roma lisonjera
 Es cual caduca flor de adormidera,
 Que en medio de sí misma no parece;
 Aquí Dios se merece;
 En su nombre agostemos nuestras venas
 Y hagamos sepulcro á nuestros huesos
 Entre estos elicrisios y cantuesos,
 Cerrando el paso al daño de otras penas.»
 Dijo así, y encendió en los corazones
 Coraje santo y fervoroso brío,
 Y el tronido inmortal destas razones
 Tuvo al sol, prendió al viento, paró al río.

Mas huyeron el río, el sol y el viento
 Viendo lucir las armas enemigas
 Contra la gente apenas bautizada,
 Que con duro y nefando atrevimiento,
 En tropa como escuadras (1) de hormigas,
 Vienen jugando piedras, no la espada.
 Mas, viendo la defensa no mirada
 Que el Cielo hace, á cruces los condena

(1) En el código granadino, *escuadra*.

César furioso; mas la dulce pena
 Abrazan los ilustres militantes,
 Y los pechos constantes
 Dan al rigor, al palo las espaldas;
 Y mientras que del aire están pendientes
 Con indignas coronas en las frentes,
 Ven bajar de los cielos las guirnaldas
 Fin de su pena, y en acento tierno
 Oyen la voz que á Gloria los convida;
 Que por su sangre, bien que premio eterno,
 Ganan paz, pierden muerte, cobran vida.

Mas después que vencidos los combates,
 Las nobles almas de prisiones hondas
 Volaron libres, sin temor de guerra,
 Sus vados enturbió el vecino Eufrates,
 Y el mar con altas corajosas ondas
 Azotó los escollos y la tierra,
 Y el gran peñón que sus cavernas cierra
 Desquiciaron, huyéndose, los vientos.
 También los tenebrosos movimientos
 Dieron sus sombras á la luz del día (1),
 Mientras que la alegría
 Triunfaba en la región de las estrellas,
 Yendo marchando el escuadrón divino
 Por el camino donde no hay camino,
 Hasta llegar á las portadas bellas
 Del gravemente claro Capitolio,
 Donde vive el honor de la victoria;
 Que entrando donde está el celeste Solio
 Ven á Dios, toman cielos, gozan gloria.

Tú, de olivares pálidos honrado,
 Que esta fiesta celebras, padre Betis,
 Con más piedad que el babilonio Eufrates
 Contra el querer de Ganje desterrado,
 Mientras sus aguas caudalosas trates,

(1) En el código de Sevilla, *al azul* del día.

El oro de tu orilla en más quilates
 Será estimado, pues así celebra
 El capitán Acacio, cuya suerte
 Lejos del tiempo y libre de la muerte
 Vivirá en tanto que l'aurora fría
 En sus cabellos de oro traiga el día
 Y mientras diere el que la luz gobierna
 Dulce amor, santa paz, quietud eterna.

Á SAN JUAN BAUTISTA, EN LA FIESTA DEL SACRAMENTO

Voz que en el desierto canta
 Con nuevo tono y modelo,
 Pues que llegáis hasta el cielo
 Con un paso de garganta,
 Dad voces con fuerza tanta,
 Que detengan el Jordán;
 Mirad no hagan San Juan
 Las guardas deste sembrado;
 Que el Cordero señalado
 Diz que se ha entrado en el pan.

Á SAN JOSEPH

EPIGRAMA

De Egipto venís, gitano;
 No hay alma con Vos segura,
 Mientras su buena ventura
 Le mostráis en vuestra mano.

. (1)

(1) Así en el código de Granada como en el de Sevilla falta el quinto verso de esta décima.

Delante de Dios se ve
 Que venís, ó yo no sé,
 Si ya no es por el consejo,
 Joseph, por qué os pintan viejo,
 Pues que sois mozo de á pie.

Á LAS LÁGRIMAS DE SAN PEDRO

CANCIÓN

Planta que vence al cedro,
 Á cuya sombra medro,
 No por tanto regar te seques, planta;
 Lloroso Pedro santo,
 No des licencia al llanto
 Que anegue cimbra (1) y planta.
 De nuestra Iglesia Santa
 ¡Oh noble viejo triste!
 Piedra en quien (2) se quebranta
 La onda que te embiste,
 Templa el alto consejo;
 Que es el dolor valiente, y tú eres viejo.
 Ya confiesas gimiendo,
 Si negaste temiendo;
 La lengua satisfaces con los ojos;
 Lloras virtiendo el daño
 Del no mirado engaño,
 Con mirados enojos
 Ó bien claros antojos
 Que aumentan el delito;
 Mas no ven los despojos
 Que con tu llanto ha escrito
 El dolor tristemente,
 Por estar en el alma y en la frente.

(1) En el códice de Sevilla, *cimbria*.

(2) *Ibid.*, en *que*.

¿Á tu barba de nieve (1)
 El coraje se atreve?
 ¡Oh piadosa crueldad! limita el fuego;
 Porque no en breve abrase
 Al alma, el furor tase
 Con el piadoso riego;
 Mas ¡oh turbia corriente,
 Que con violento ruego
 Fuerzas la llama ardiente!
 Niégate á aquesa fragua;
 Que ya crecen los fuegos con el agua.
 ¡Oh bien pintado ejemplo,
 Al fresco, en nuestro templo,
 De amor, de penitencia y valentía!
 En ti contemplo un viejo
 De sañudo entrecejo,
 Que en sangre anciana y fría
 Ardientes iras cría,
 Y en l'alma enamorada,
 Cual lo fuese la mía,
 De saeta dorada
 Traspasado y de enojos (2),
 Virtiendo los dolores por los ojos.
 Cueva erizada de ovas,
 Que en tus hondas alcobas
 Se quiebran altamente sus gemidos
 En pardas tobas frías,
 Pues con su llanto crías
 Tus húmidos vestidos,
 Esas que pierdes quejas
 Guarda, y los alaridos
 Que despreciados dejas;
 Que un alma arrepentida
 Te comprará su precio con su vida.

(1) En el códice sevillano, *¿A ti*, barba de nieve.

(2) *Ibid.*, de *inojos*.

SOLEDAD DE PEDRO DE JESÚS, PRESBITERO

¡Quién te diera volar con plumas de oro,
Que David deseó, que batió Arsenio,
Á estas mis soledades, Heliodoro,
Cristo en Sión, no Venus en Partenio!
La capa á Putifar, la sombra al toro,
Deja, y huye en talares de Silenio
La ostentación, el oro y las mujeres,
Pues tanto vencerás cuanto huyeres.

¿Qué Circe en forma vil tu pie divierte,
Yendo á la muerte cierta y mal sabida?
Al sepulcro las lágrimas convierte,
Pues cuanto vives pierdes de la vida.
Nueve meses comido había la muerte,
Cuando naciste, de tu edad florida,
Y menos vivirás cuanto más vives,
Dando en manos de médicos caribes.

Yo aquí, á la orilla, Heliodoro hermano,
Pues padeció naufragio mi navío,
Sirvo de señalarte con la mano
La sirte, en tu escarmiento y daño mío.
Del padre de los monstruos, Oceano,
Ya rápido, ya atado en yelo frío,
Viejo avaro, ligero te remontes (1),
Ya en una religión, ó ya en los montes.

Encrespe el mercadante en corvo pino
Las tablas de cristal en mar extraña,
Y, abriendo senda donde no hay camino,
Ultraje las espumas de su saña;
Despliegue en puertos de la Aurora el lino,
Ó donde el sol sus trenzas de oro baña,

(1) Como advertí en la biografía de ESPINOSA, nota de la pág. 226, *te remontes* está dicho por *remóntate*: el subjuntivo por el imperativo, de uso algo frecuente en los siglos XVI y XVII.

El Austro beba, ó brisas de Calisto,
No quiero más que soledad y Cristo.
¿Qué es esto, Cristo mío? ¿Yo en regalo,
Vos, anegado en un turbión de enojos,
Cosido con tres garfios en un palo,
Yo buscando lisonjas á mis ojos,
Yo en opinión de bueno, y Vos de malo,
Yo corona de rosas, Vos de abrojos...?
Mis pasos recordad: de culpa salga;
Camino os siga; vuestra Cruz me valga.

Convierte ya la vista cudiciosa,
En tiernas tibias lágrimas deshecho,
Á esta tabla de flores, pues hermosa
Á las pías de Juno ha contrahecho;
Mira marchita la cerviz de rosa
Y, entre claveles, blanqueando el pecho
De un mancebo que yace al aire frío,
Bellísimo á mis ojos, ¡Cristo mío!

Mira cárdeno lirio el rostro santo,
Y el tirio carmesí del lado abierto;
¿Grita el león, y el hijo duerme tanto...?
Plega el lino al abrigo deste puerto:
Ven, llora aquí tus culpas con su llanto,
Y al que mataste vivo, abraza muerto,
Tal, que estos montes te parezcan rojos,
Como quien, viendo al sol, lloran los ojos.

Profese Italia palmas de Vitrubio,
Francia telares, y el Persiano pompa;
Rompa yelos del mar el Anglio rubio,
Y España á Potosí las venas rompa;
Vuelque sobras de mesas el Danubio;
Que, cuando aliento el Ángel dé á la trompa,
Lo que han sembrado cogerán; y advierte
No ames cosa que dejes con la muerte.

Ven y verás por estos valles frescos
Ensortijados lazos y follajes
Y, brillando, floridos arabescos

Prender espigas, trasflorar celajes;
 Estofados subientes de grutescos
 Arbolando cogollos y plumajes;
 Prósperos tallos de elegantes vides
 Trepando en ondas el bastón de Alcides.

Cuando en carro de rosas venga el día,
 Aquí cantando himnos te levantas
 Y á los aires trasladas tu armonía,
 Trebejas con la arpa y psalmos cantas,
 (¡Oh dulce solitaria compañía
 De Cristo! ¡Oh fértil riego de sus plantas!),
 Con ojos más mojados que traviesos,
 Cogiendo gracias mientras siembras besos.

Será el flojel la felpa de la grama,
 Á los arrullos de la fuente fría,
 Y el pabellón y sargas de la cama,
 Festones de cambiante argentería.
 Del sol no temas la redonda llama;
 Que en dulce sueño, aunque le pese al día,
 Te guardará el laurel que no recuerdes,
 Poniendo meta al sol con lindes verdes.

En desiguales cuadras de una gruta
 Do el culantrillo y musgo en barbas medra,
 De aradas conchas y de tela bruta
 Viste rico gabán de tosca piedra.
 Aquí te irás á una alcobilla enjuta
 Que el pavimento es jaspe, el tapiz yedra,
 No respirante veninoso tuho,
 Aunque en sus arcabucos mora el buho.

Cuando tu huerto, ya sin sol, regares,
 Brindándole á las eras la bebida,
 El gusto cebarás en los manjares
 Y rendirás la hambre á la comida.
 Mil pasos entre calles de azahares
 Al rosario darás por despedida,
 Y sembrarás jaculatorias santas,
 Más regados tus ojos que las plantas.

Con pie curioso, por los verdes valles,
 Construyendo períodos de parras,
 El guarnecido arroyo de entretalles
 Verás, en trenzas de cristal, bizarras
 Varas trepando inexplicables calles
 Volcar su arena lo que el indio en barras,
 Y seguirás la margen de sus yerros,
 Ciñiendo en breve anillo muchos berros.

No falta aquí contra el azul zelidro
 La bazahar, dos veces extranjera,
 Ni la aserrada pempinela y cidro,
 Betónica montés, vulgar cidrera.
 En corcho sí, no en veneciano vidrio,
 Conserva esconderás de escorzonera,
 Y el dictamo pisado y la carlina
 Búrlate de Cerasta peregrina.

No por la cuesta repitiendo huellas,
 Mas pisando eliocrisos por tapete,
 Sube á una roca que presuma estrellas,
 Desta sierra turqués azul copete.
 Concédanse á tus ojos selvas bellas;
 Rompe en abeto el mar sin pagar flete,
 Y siendo superior de cosas grandes,
 Habrás visto pintado vivo á Flandes.

Ámbar hurtando de tu huerto al viento,
 Con el peso las ramas humillando,
 Nectáreo honor disfrutarás contento,
 Los riegos en almíbares cobrando.
 Luego reducirás al pensamiento
 Lo que disfrutó Adán, Cristo ayunando,
 Ó si te agrada más, un Niño en fajas,
 Fruta del nuevo Adán, madura en pajas.

Cuando el líquido pie prendiendo al río,
 De carámbano se armen los Triones,
 Los tueros que enviaste en el estío
 Ayudarás con soplos y tizonos;
 Extranjero del mundo, y más del frío,

Pagarás las que debes devociones,
 Á ti contento, mariposa al ceño,
 Al cuerpo leche y á los ojos sueño.
 Y cuando ya la noche envuelve en sombra
 Las cosas, siembra estrellas, llueve espanto,
 Y en alto horror aun el silencio asombra,
 Que la corneja ofende con su canto,
 Libre del sueño que el beleño escombra,
 Á cantar mis maitines me levanto,
 Y luego, de la Virgen, mi esperanza,
 Tal concierto en mi lira su alabanza:

«Virgen hermosa que, del sol vestida,
 Privilegiáis de lumbre á las estrellas,
 De flores al Abril, de honor las flores,
 Y siendo de los ruegos conocida,
 Á limitar presides las querellas
 Y á terminar con gozo los dolores;
 Propicia á los clamores
 Acomoda el oído á tu alabanza,
 Mientras los serafines que al pie tienes,
 Colmadas de oro las nevadas sienes,
 Gozan tu gloria, que su vista alcanza,
 Y, armados de jazmines,
 Honor de los jardines,
 Calan yelmos de rosa, enristran lauras,
 Embrazan resplandor, anhelan auras,
 Combaten dulcemente
 Bien fijados agravios,
 Y, en premio, ven, al rayo de tu frente,
 Derramada la risa por tus labios.

»Antes que, como sarga de giraspes,
 Dios desplegase el cielo en los coluros
 Y la invisible pluma atase al viento,
 Y antes que el suelo en remendados jaspes
 Tendiese, y antes que severos muros

Diese de arena floja al mar violento
 (Sin dejar su aposento
 El cristal fugitivo de la fuente),
 Y el monte ufano en verde pesadumbre
 Estorbase á la luna con su cumbre,
 Y aún, en sombra inorante, las liciones
 Del sol, llamas hermosas,
 Descansaban ociosas,
 Cuando eras preservada y elegida,
 ¡Oh en las corrientes árbol de la vida!
 ¡Oh autora del consuelo,
 Á quien siguen las almas,
 Pisando ahora estrellas en el cielo,
 Blandiendo lauros y arbolando palmas!
 »Á ti vuelan con plumas de esperanzas,
 En los peligros, los primeros votos,
 Y en las fatigas, los primeros llantos,
 Y el gozo, con primeras alabanzas,
 Con tiernos ojos y con pies devotos,
 Paga promesas á tus templos santos;
 Y forasteros cantos
 De extranjero país de lengua extraña
 Retruenan por sus bóvedas y hueco,
 Multiplicando tu alabanza el eco,
 Voz que, muda, parleramente engaña,
 Y el marinero cuenta
 Allí que en la tormenta
 Su nao salvaste y que aserró sin riesgo
 La pacífica tabla del mar sesgo;
 Y el cautivo, oprimido
 De enemigas fortunas,
 Vela su libertad y, agradecido,
 Sus cadenas cautiva en tus colunas.
 »Dones admites, granjear te dejas,
 Con pomas indias, con pebetes sirios,
 Si forasteros, mucho más piadosos,
 Y así inoran las flores las abejas,

Y ya, en festones de aligustres lirios,
 Tu templo sufre pesos olorosos;
 Trofeos vitoriosos
 Cubren si es de orden dórica ó corintia,
 Tal, que al que lo visita peregrino
 Ponon meta al deseo y al camino;
 En pendones sin fe, menguante á Cintia
 Ve, y en mortajas frías
 Revocados los días,
 Colgadas en ultraje de la muerte,
 Y en tristes ve en dichosa suerte (1)
 Pintados por despojos;
 Y como halla tanto,
 La cudicia apacienta de los ojos;
 Mas lo que goza el alma paga en llanto.
 »Cuando Marte, de acero y muerte armado,
 En tibia sangre ahoga el polvo oscuro,
 La que el temor al corazón retira,
 Suena tu nombre y, en sudor bañado,
 Vuelve á sonar en labio bien seguro,
 Aunque en ardientes auras lo respira.
 Cual de Aríón la lira,
 Fabrica muros mientras más te nombra;
 Plomo, pólvora y fuego defendiendo,
 Rayo, trueno y relámpago estrupendo
 Cubren el sol y destos haces sombra (2),
 De flores, no de llama,
 Virgen, al que te ama;
 Y cuando va á agotar el que le ciega
 Sudor humoso y á la fuente llega,
 Ya la corona halla
 Que tejiste en la Gloria,
 Cuyo laurel da linde á la batalla
 Y desnuda á las armas su victoria.

(1) Así en el estragadísimo texto del códice de Sevilla, único en que se encuentra esta composición.

(2) *Ibid.*, haces llama.

»Concédele consuelo á mis enojos,
 Dale serenidad á mis suspiros,
 Ceda tu majestad á mi porfía,
 Tú, que, llenos de Dios los claros ojos,
 Que limitan el precio á los zafiros,
 Bebes con ellos del eterno día;
 Virgen, Virgen MARÍA,
 Que eres Madre de Gracia ahora sienta:
 Redime con audiencia mis querellas,
 ¡Oh fuente de la luz de las estrellas,
 De la que calzas luna ilustre afrenta!
 Escombra mis lamentos,
 Con que ofendo los vientos;
 Cámbialos, Virgen pura, en tu alabanza;
 No inore tus piedades mi esperanza;
 Que si vencer te dejas,
 Aumentas tus devotos,
 Pues mientras siempre estás oyendo quejas,
 Siempre está la piedad pagando votos.
 »Canción, pues es tu cuna
 La cumbre desta sierra
 Que tronar ve inferiores á las nubes,
 Do tropiezan los bueyes de la Luna,
 No bajas á la tierra;
 Que si adelante subes,
 Quizá merecerá por tus despojos
 Tu solitario el nido de sus ojos.»

Pagado este paréntesis de sueño
 En lecho á que el armiño no se atreve.
 En lanífera piel, no ecuóreo leño,
 Ondosos sueños sulco en urca breve;
 Dormido Palinuro, Argos pequeño,
 Navego al alba de rosada nieve,
 Hasta que con sus lirios me levanto,
 A despertar las aves con mi canto.

Abeja hibliá, en vagos desvaríos,
 Mordaz tomillo, azules romerales
 Cala, primero que á la Aurora el río
 Lave el pie azafranado en sus cristales;
 Tal de las tirias rosas el rocío
 De Cristo, dulce humor de mis panales,
 Solicito, y le ofrece mi porfía
 Cuanto pulsare y respirare el día.

Sudor despeña de la alpina frente
 Un risco viejo que en zafir desata,
 Capítulo del curso de una fuente
 Que antes de comenzar se desbarata;
 Y antes que del rigor vía corriente (*sic*)
 Aquí, entre polvos líquidos de plata,
 La calma que llovió el noturno mostro
 Con las cóncavas palmas robo al rostro.

Restituyendo el agua al paño enjuto,
 Que otra vez puede, viejo, ser hilado,
Jam lucis orto sidere en tributo
 Pago, en silla de tréboles sentado;
 Y habiendo en nuevo sol el nuevo fruto
 De mis labios á Cristo presentado,
 Antes de celebrar, mi vago acento
 Tal vuela espumas y navega el viento:

PSALMO

Deste sidonio acanto (1)
 Y estas del prado estrellas
 Coronaré las aras de mi amado,
 Y en sedas de amaranto,

(1) Si por esta expresión hubiera de inducirse que el poeta se refiere á Medina Sidonia, sería preciso dar por cierto que el presente *psalmo* fué añadido años después á la *Soledad*, cuyas alusiones á residir Espinosa en la ermita de Archidona cuando la compuso son tan evidentes como demostré en el capítulo VI del estudio biográfico. Pero no: llama sidonio al acanto, por llamarle originario de Sidón. Ya lo había llamado así en la *boscarcha* dirigida al licenciado Antonio Moreno Vilches.

Cantuesos y mastranto,
 Haré cortinas bellas
 Que á cuanto Mayo brota den cuidado.
 Tú, autoridad del prado,
 Tú, suma de claveles,
 Merecerás las rosas del costado;
 Vos, narcisos noveles,
 Limitadores de la nieve en ampo,
 Iréis de un campo verde á un rojo campo,
 Tejiendo en esmeralda
 Espléndida guirnalda
 Al brocado cabello de mi Cristo,
 Trocando la de espinas,
 Que brota clavellinas
 Al jardín de su rostro, tinto en gualda.
 Mas ¡ay, si mis amores
 Os respirara, flores!
 Pues esta selva verde,
 Annal de varia historia,
 Del Diciembre vitoria,
 Recuerdos son que de su amor me acuerde;
 Carta abierta amatoria,
 ¡Oh Dios de mis entrañas!
 Presa de mi memoria.

Por tu amor me ejecutan las montañas:
 Dísteme á mí y á Ti por tantas cosas;
 Sólo mi amor me pides,
 Y el amor no se paga sólo en rosas.
 Por el amor, no por las obras mides,
 ¡Oh vida de mi alma!
 Que tanto mi amor quieres,
 Que porque te ame mueres:
 Honre la palma de tu amor mi palma,
 Pues dentro en mí te has puesto,
 Porque te ame, conmigo,
 Y perdonas de presto,

Mi Cristo, al enemigo,
 Porque no tarde ya en amarte amigo.
 No cesas de hacer bienes,
 Por no cesar de recibir amores,
 Pues á los pecadores
 Ruegas con el perdón, por ser amado.
 Pues de noche y de día,
 ¿Qué tiene que hacer el alma mía,
 Sino en amarte más, y más amarte,
 Y, ayudando á la gracia con el arte,
 Como Pirodas (?), inventar centellas
 Del pedernal que es cárcel de piropos,
 Y miel la abeja de las flores bellas?
 Cuantos cierzo por cerros hile copos
 Y en las dehesas de zafir brillantes
 Viere trémulos prados de diamantes,
 Tantos amores te daré sin cuento,
 Si en polvaredas de agua, oscuro el viento,
 Viere olibias (*sic*) de aristas ondeantes.
 Te daré, amado Dios, tantos amores
 Cuantas hay allí frutas y aquí flores,
 Allí priesa de arena, aquí de hojas,
 De euros allí, y aquí de ruiseñores.



PARTE TERCERA

(1615-1650)

RELACIÓN

DE LA FORMA QUE SE TUVO EN EL ENTIERRO

DE DON ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO

DUQUE DE MEDINA SIDONIA

Dirigida á su hijo y sucesor D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Pues no permite á tus piadosos ojos
 El negro luto que los cubre ahora
 Más que llorar los fúnebres despojos,
 Pues no ves las acciones con que llora
 El pueblo á tu gran padre, que en el Cielo
 La eterna Causa ya glorioso adora,
 Oye ¡oh gran sucesor! para consuelo
 De tus lágrimas tristes, la grandeza
 Que admira y agradece el patrio suelo.
 Llegó con no pensada ligereza
 El término fatal de aquella muerte,
 Que causa al mundo general tristeza.
 Ya goza el noble espíritu la suerte
 Inmortal que aguardaba; el cuerpo espera
 La tierra, que en sí misma se convierte.